

atormenta los miembros con el espada; pero mas molesto, porque dura toda la vida.

Pues siendo tantas las contradicciones que tiene la perfeccion de la virtud de nuestras puertas adentro, siendo tan poderosas las inclinaciones de la carne, y el reino del amor propio, con todas las pasiones que dél proceden, ¿cuánta fortaleza, cuánta diligencia, cuánta industria será necesaria para resistir á estos enemigos, y domar estos caballos tan furiosos y desbocados? Este es el cuidado que traia á los santos desvelados y enflaquecidos. Lo cual no calló el Eclesiástico, cuando dijo (g): La vigilia de la honestidad enflaquece las carnes, y el cuidado della quita el sueño. Pues por esta causa los santos sacudian de sí varonilmente toda negligencia y pereza, y se vestían y armaban de fortaleza y diligencia para contrastar á estos familiares y domésticos enemigos.

Entendió esto perfectísimamente Salomon, y vió que como en las cosas humanas se pierden los negocios por negligencia, y con el trabajo y diligencia se ganan, así tambien en el camino de la perfeccion la pereza y negligencia lo pierde todo, y por el contrario la diligencia y el trabajo porfiado lo gana todo. Y así dice él (h): Las manos flojas y remisas acarrearán pobreza; mas las manos de los fuertes allegan riquezas. La cual sentencia (aunque por otras palabras) no cesa de repetir cuasi en todos los capítulos de sus Proverbios, como cosa importantísima para el gobierno de nuestra vida.

§. ÚNICO.

Conclúyese cuán conveniente medio haya sido la pobreza de Cristo para aficionarnos á la vida austera.

Y porque no solo la autoridad de tan gran sabio, sino tambien la razon os muestre lo dicho, acordáos que es propio de la virtud tener anexa á sí dificultad. Por donde el que desea ser virtuoso (mayormente si quiere ser consumado en la virtud) ha de armarse de una general fortaleza para vencer esta dificultad; de la cual quien careciere (como carecen los perezosos y regalados) dese por despedido de la virtud. Porque ella está encastillada y cercada deste muro, y es necesario romper primero el muro para conquistarla. Entendieron esto muy bien los filósofos; y así dijeron que los dioses inmortales vendían á los mortales la virtud por precio del trabajo. Porque realmente la verdadera y cristiana virtud es dádiva de Dios; mas él quiere que el hombre ponga de su parte el trabajo y la fortaleza para alcanzarla.

Pero esta manera de fortaleza, ¿dónde se hallará? ¿quién la alcanzará? Porque no en balde exclama el mismo Salomon (que tantas veces nos exhorta á ella) diciendo (i): Mujer fuerte ¿quién la hallará? De muy lejos, y de los últimos fines de la tierra se ha de traer el precio con que se ha de comprar. Pues, ¿qué precio es ese? Este es el amor de Dios, y el amor del trabajo por el mismo Dios. Porque el que aquí ha llegado, no recelará la virtud por temor del trabajo. Este precio declaró nuestro Señor á aquel grande seguidor de la perfeccion evangélica, Sant Francisco, diciéndole: Francisco, ten las cosas amargas por dulces, y desprecia á tí, si quieres conocer á mí. Pues este precio, ¿dónde se hallará? ¿Quién será aquel que halle miel en la hiel, y dulzura en la amargura, y descanso en el trabajo, y consolacion en la afliccion, repugnando á esto la naturaleza de nues-

(g) Ecl. 51. (h) Prov. 10. (i) Prov. 31.

tra carne, y toda la potencia del amor propio, que á velas tendidas huye el trabajo, y ama el descanso? Quien aquí ha llegado, ya deja atrás la naturaleza, ya la tiene debajo los piés, ya está levantado sobre sí mismo, ya es mas que hombre; pues tiene á Dios dentro de sí, con cuya virtud prevalece contra el hombre.

Pues concluyendo ya por lo dicho nuestro propósito, digo que si el Hijo de Dios venia á plantar en el mundo la perfeccion de la virtud y de la vida evangélica, y esta es, como dice Sant Bernardo (k), un prolijo martirio, y, como dice el mismo Salvador (l), una general negacion de sí mismo, que es una perpetua contradiccion de todos los apetitos de la carne, y de todos los sentidos (como aquí está declarado), ¿de qué manera habia de ordenar su vida el que venia á plantar en el mundo por su ejemplo y doctrina esta manera de vida, sino acompañado de trabajos, y sujeto á tantas persecuciones y dolores como en vida y muerte padeció? ¿Habia de venir como otro Salomon, cercado de cantores y cantoras, quien venia á enseñarnos á despreciar las riquezas, y las delicias, y honras vanas, y hacernos amadores de los virtuosos y honestos trabajos? Así que si él venia á ser el caudillo, el capitán, la guía, el ejemplo de todos los santos, y el espejo y dechado de todas las virtudes (de donde ellos habian de sacar las suyas), ¿de qué otra manera habia de venir sino desta? Y por esto dijo él con tanto denuedo á los dos discípulos que iban á Emaus (m): ¡Oh locos y tardíos de corazón para creer todas las cosas que denunciaron los profetas! ¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria? Como si dijera: si el camino para la gloria es el sufrimiento y amor de los virtuosos trabajos, ¿cómo habia de vivir y morir el que venia á ser ayudador y guía deste camino, sino sufriendo y abrazando trabajos? Porque de otra manera, ¿qué fuerzas tuviera para conmigo el mandamiento deste Señor, si llevando él buena y alegre vida, me mandara á mí trabajar? De Julio César (que fué uno de los valerosos capitanes del mundo) se escribe que nunca dijo á sus soldados id, sino vamos; ni trabajad, sino trabajemos. Pues si esto es propio de buen capitán, ¿cuánto mas lo habia de ser de aquel Capitán general, que nos vino del cielo para pelear con el mundo, con la carne y con el demonio?

Catechismo. ¡Oh cuán grande es, Maestro, la fuerza de la verdad! ¿Quién tendrá juicio desapasionado que no vea cuán conveniente y cuán proporcionado medio haya sido ese para el fin que el Salvador pretendia? Porque con tal ejemplo, con tal caudillo, con tal guía como la del mismo unigénito Hijo de Dios que va delante, ¿quién no le seguirá? ¿quién se acobardará? ¿quién no se esforzará á hacer por la salvacion de su ánima lo que tan gran Señor hizo y padeció, no por la suya, sino por la ajena?

DIALOGO VII.

En el cual se declara cómo en la muerte del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria.

MAESTRO.

Visto ya cómo en la humildad, pobreza y aspereza de la vida del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria y conveniencia para el fin que pretendia, veamos agora esto mismo en su sagrada Pasion: que es de lo que mas se escandalizan los infieles. Para lo cual tomaremos por fundamento lo que todo el mundo con-

(k) Serm. 30. sup. Cant. (l) Luc. 9. (m) Luc. 24.

fiesa, y lo que atras mas por extenso se declaró: conviene saber, que de la dignidad ó indignidad de la muerte violenta no juzgamos segun la pena, sino segun la causa. Porque si la causa es culpable (como es algun maleficio, por el cual la pena se da), es doblada su ignominia, así por la pena, como por la causa. Mas si la causa es loable (como la del que muere por la fe, por la castidad, por la lealtad, por la patria ó por otra causa semejante), en este linaje de muerte no solo no hay ignominia, mas ántes cuanto la muerte fuere mas cruel y mas ignominiosa, tanto será mas loable y mas gloriosa. Y así Platon dice que los que ofrescén su vida por defension de la patria, no se han de tener por hombres, sino por héroes, que es hombres divinos. Pues segun esto (a) preguntemos al profeta Esaías la causa desta muerte del Salvador, y respondernos ha con muchas palabras una sentencia, diciendo (b): Verdaderamente él tomó sobre sus hombros la carga de nuestros dolores y enfermedades; y nosotros pensamos que era un leproso, azotado de Dios y abatido. Mas él fué herido por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina con que se alcanzó nuestra paz, cargó sobre él; y con sus llagas fuimos curados. Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas, y el Señor puso sobre él la carga de todas nuestras maldades. Veis aquí por tantas palabras explicada la causa de la muerte de Cristo: que no fuéron pecados suyos, sino nuestros, que como ovejas perdidas anduvimos descaminados. Mas dél dice luego mas abajo que no cometió maldad, ni se halló engaño en su boca. Pues desta tan clara profecía se colige la causa de la muerte deste Señor. Murió, no por sola su patria, sino por todo el mundo: que es por todo el género humano, desterrado del paraíso, y sentenciado á muerte. Murió por la salud y redempcion de todos los hijos de Adam, si ellos quisieren aprovecharse del remedio que él les tiene ya ganado. Murió para satisfacer con el sacrificio de su muerte por todos nuestros pecados. Para lo cual es de saber que todos los pecados mortales, por la parte que tienen annexo menosprecio de Dios y de sus santos mandamientos, tienen en su manera razon de crimen *lessæ Maiestatis*; y por eso se les debe pena capital, y pena de sangre. Ca por eso se llaman capitales, porque á ellos se debe esta pena. Pues compadesciéndose aquel inocentísimo y clementísimo Cordero de tantos pecados y tantas muertes como por ellos se debian, quiso él por su inmensa piedad ofrecerse á esta pena, y pagar esta deuda de sangre, derramando la suya; la cual por ser de infinito precio bastó para satisfacer por todos. Y esto declaró él cuando consagrando el cáliz de su sangre, dijo (c): Esta es la sangre del Nuevo Testamento; la cual será derramada en remision de los pecados. Como si dijera: vosotros estábades condenados á pena de sangre por las leyes de la divina justicia; pues yo quiero tomar á mi cargo esta satisfaccion, porque no se quebranten las leyes desta justicia, y ofrescer mi sangre por la que vosotros debíades, y padecer muerte no debida por la que todos debíades. Desta manera pues fuimos librados de la muerte, no solo de la eterna, mas tambien en cierta manera de la temporal. Porque (cuanto toca á los justos) Cristo le quitó la mayor amargura que tenia. Por lo cual no solo no es dellos temida, sino ántes deseada; por ser á los tales puente y escalera para subir á la verdadera vida. Y por esto se dice de los sanc-

(a) Primera causa de la Pasion. (b) Esaí. 53. (c) Matt. 26.

tos que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia. Y así la muerte dellos en la Escritura se llama sueño (d).

De aquí viene á seguirse lo que dice el Apóstol (e): Por esto murió Cristo, para enseñorearse de vivos y muertos; para que los que por él viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió por ellos. Desta manera vemos que si muchos hombres deben una deuda (como los que robaron una casa), si uno dellos paga esta deuda, los otros quedan obligados á pagar á este que pagó por todos. ¿Quién pues podrá declarar lo que los hombres deben á este Señor que por sola su bondad y caridad quiso sufrir la muerte que todos debiamos? Declaremos esto por un ejemplo, para que mejor se entienda la grandeza desta deuda. Pongamos caso que estando preso un hombre, y sentenciado á muerte, viniese un grande amigo suyo, el cual sintiese tanto la condenacion del amigo, que entrase en la cárcel y vistiéndose de las ropas del amigo preso, á fuerza de brazos lo echase fuera della y se quedase él en la prison para padecer la muerte á que el amigo estaba sentenciado. Pregunto pues: qué haria el amigo que así se viese suelto y libre de aquel peligro? ¿qué gracias le daria y qué amor se encenderia de nuevo en su corazón, considerando esta obra de tanta amistad, tanta lealtad, tanta caridad y tanta bondad? Y ¿qué no haria por los hijos y mujer de tal amigo, que con tanta costa suya lo libró? Pues esto que nunca hizo un amigo por otro, hizo aquel altísimo Hijo de Dios para librar al hombre de la muerte que debia. Porque bajando de lo alto del cielo á la cárcel deste mundo, se vistió de la ropa de nuestra humanidad, y se puso en el lugar del hombre culpado para recibir la muerte á que él estaba sentenciado. Aquí faltan las palabras para encarecer esta obra de tanta bondad y caridad, y para declarar la grandeza del amor y agradecimiento que los hombres deben á este clementísimo reparador por el modo deste remedio. Y pues aquí desfallece el ingenio y faltan las palabras, quedará esto para la devota consideracion del piadoso lector.

Pues volviendo á nuestro propósito, ¿que mayor argumento de bondad, y caridad, y misericordia que este? Y porque en las cosas espirituales lo bueno es lo alto, y lo glorioso, y lo hermoso, síguese que esta muerte que parece ignominiosa (vista la causa della) es la cosa mas alta, mas gloriosa y mas hermosa de cuantas el entendimiento humano puede comprender. Pues segun esto ¿qué linaje de ignominia os parece que hay en la muerte padescida por tal causa?

C. Notoria cosa es que cuan grande y cuan universal fué ese beneficio, tan grande es la gloria desta Pasion; y que todos los hijos de Adam están obligados á bendecir y glorificar ese Señor, y derretirse en su amor, pues con tanta costa suya les alcanzó tan grande bien.

§. I.

Segunda causa de la Pasion del Salvador.

MAESTRO.

Bien veo que bastaba eso para entender cómo en la muerte de Cristo no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria. Mas á lo dicho quiero acrescentar para mayor gloria deste misterio otra causa de la Pasion del Salvador: la cual es, que no solo padeció él para

(d) Genes. 47. 2. Reg. 7. 3. Reg. 11. Psalm. 4. Job. 5. 2. Mach. 12. Joan. 11. (e) 2. Cor. 5.

satisfacer por las deudas de los pecados cometidos, sino tambien para alcanzarnos gracia por el mérito y sacrificio de su sagrada Pasion, para que libres ya dellos, viviésemos en sanctidad de justicia delante de Dios, como dijo Zacarias (f). Y lo mismo significó el Apóstol, cuando dijo (g), que siendo Cristo crucificado, nuestro viejo hombre (que es nuestra carne y nuestro apetito sensual) fué juntamente con él crucificado; porque de ahí adelante no sirvamos ya mas al pecado, ni estemos sujetos á él. Veis aquí pues otra causa de la Pasion del Salvador no ménos gloriosa que la pasada; porque aquella fué satisfacer por los pecados cometidos, y esta fué alcanzarnos gracia para no volver á cometerlos: aquella tiene respecto á lo pasado, esta provee en lo venidero; aquella descarga nuestras deudas, esta nos enriquece con nuevos merecimientos; aquella quita del ánima la fealdad de los pecados, esta la hermosea con la gracia de las virtudes.

Y para entender mejor esto se declararon atras veinte singulares frutos del árbol de la sancta Cruz; los cuales no os declaro agora porque los guardé para otro lugar donde se trata á la larga. Mas dadlos vos agora aquí por presupuestos y expresados. Pues habeis de saber que estos veinte frutos son otros tantos beneficios que manaron deste summo beneficio; y por hablar mas claro, son veinte socorros y ayudas eficacísimas de la divina gracia, para curar las dolencias de la naturaleza humana, y hacer los hombres perfectos y consumados en toda virtud. Mas vengamos á la prueba desto, la cual os quiero declarar por un ejemplo muy proprio, aunque sea humilde para cosa tan grande.

Cuando un hombre quiere mostrar que la medicina de la triaca que él ha hecho es finísima, no cura de palabras, sino remítase á la experiencia. Y para esto déjase picar de una víbora y hincharse todo; y esto hecho, toma su medicina, y con ella se deshinchá y sana; y con esta muestra alaba mas la eficacia de su medicina, que con todas las palabras que pudiera decir. Pues por otra experiencia semejante entenderémos cuan eficaz medicina fué la Pasion del Salvador para curar la comun dolencia del género humano, mordido de aquella antigua serpiente, y inficionado con el vaho y silbo della, como los teólogos dicen. Veamos pues para esto cuál estaba el mundo ántes desta celestial medicina. Todos sabemos que en solo un rinconcillo de Judea era el verdadero Dios adorado y conocido, aunque ahí muy mal servido; porque como los sacerdotes y fariseos, que eran las guías del pueblo, estaban ciegos en las pasiones de su ambicion, y envidia, y avaricia, así ellos como los guiados por ellos, estaban caidos en el hoyo. Lo restante de todo el universo ¿cuál estaba? ¿quién lo podrá explicar? Estaba sumido en el ciéno y abismo de todas cuantas torpezas, y cobdicias, y malicias, y carnalidades el entendimiento humano puede pensar, y el apetito sensual desear; el cual á rienda suelta corria por todos los vicios; porque tales eran los dioses que los hombres adoraban, y dellos aprendian estas virtudes.

Despues que hayais considerado el mundo en este miserabilísimo estado, volved los ojos á considerar la mudanza que hizo despues de la Pasion de Cristo. ¿Cuánta infinidad de mártires fortísimos! cuánta de pontífices sanctísimos! cuánta de confesores gloriosísimos! cuántos enjambres de monjes que vivian por los

(f) Luc. 1. (g) Rom. 6.

desiertos, dellos apartados y solos, y dellos en compañía de otros muchos! Pues ¿qué diré de los coros y compañías de vírgines, pues hubo una sola ciudad junto á Tébas donde habia diez mil monjes y veinte mil vírgines, como pudiste leer en este libro? Y para mejor entender esto debeis traer á la memoria todo lo que en esta parte escribimos de la tercera hazaña y obra maravillosa de la reformation y sanctificacion de muchos hombres y mujeres sanctísimas que se habian de levantar en el mundo por virtud de su gracia. Y en esta cuenta pusimos la vida de aquellos monjes solitarios que vivian por los desiertos de Egipto; y de otros que vivian en monasterios y congregaciones religiosísimas. Donde tambien hecimos mencion de los sanctos varones de Italia, cuyas vidas escribió Sant Gregorio en los cuatro libros de sus Diálogos; y así tambien la hecimos de otros sanctos que en Grecia hacian vida mas que humana, y de muchos monasterios de vírgines castísimas, que moraban docientas y cincuenta juntas, y á veces mas, y á veces ménos; las cuales dijimos que tenian de estatuto dormir sobre unas esteras y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay (dice Teodoreto) innumerables monasterios destes, no solo en nuestra region, sino tambien en todo el Oriente; y dellas está llena Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está puesta entre los dos rios, y la parte del mundo que se llama Europa. Lo cual todo bastantemente nos declara la reformation y mudanza de costumbres que hubo en tantas partes del mundo despues de la venida del Salvador, no solo en el rincón de Judea, sino en todas estas partes que habeis oido. En lo cual veréis no solamente la gloria, sino tambien la eficacia y el poder de la Cruz; pues Dios, que ántes della no era conocido mas que en solo el pueblo de Israel, despues del misterio de la Cruz fué adorado y reconocido en todas las naciones del mundo, como en las historias eclesiásticas se escribe. Pues ¿qué mayor prueba, qué mayor testimonio de la eficacia y gloria de la Cruz que haber sido ella causadora de tan grandes bienes, y desta tan gran mudanza del mundo?

§. II.

Confirmacion de lo dicho con un singular ejemplo y discurso.

Pues para mayor consolacion vuestra os quiero proponer aquí un ejemplo que viene muy á propósito para la inteligencia de lo que tratamos; aunque él es tal, y hay tanto que decir sobre él, que era menester mas espacio, y mejor lengua que la mia para tratarlo. Mas yo tocaré brevemente la substancia dél, y vos tendréis bien en que pensar, y con que os consolar. Acordáos pues de las maravillas que nuestro Señor obró para sacar á vuestros padres de la tierra de Egipto; las cuales fueron tantas y tales, que el mismo Señor que fué el autor dellas dijo á Moises (h): Yo haré tales señales, cuales jamás se vieron en la tierra, ni en todas las gentes, para que vea este pueblo donde tú estás, las obras terribles que yo tengo de hacer. Y que esto se cumpliese así, vengamos á la prueba. Y primeramente callo aquellas terribles plagas con que Dios castigó la tiranía y rebeldía de Faraon; las tinieblas palpables, las aguas vueltas en sangre, la tempestad del granizo, y las langostas que todo lo destruyeron, y sobre todo la muerte de todos los

(h) Exod. 14.

primogénitos de Egipto dende el mayor hasta el menor. Todo esto dejó aparte por venir á cosas mayores. Decidme: ¿qué maravilla fué abrirse de par en par, y hacerse las aguas muro del un lado y del otro para pasar á pié enjuto seiscientos mil hombres que iban en aquella compañía, y despues tornarse á cerrar, y tomar en medio á Faraon con todos sus carros, para que muriesen ahogados los que ahogaban los niños inocentes de los hebreos (i)? Y no fué menor maravilla abrirse las aguas del río Jordan, y detenerse en el aire para este mismo efecto. Y así de la una y de la otra maravilla se espantó el Profeta cuando dijo (k): ¿Qué es eso, mar? Por qué huiste? Y tú, Jordan, por qué volviste hácia tras? Y demas desto (l), ¿qué maravilla fué mantener Dios todo este ejército por espacio de cuarenta años con aquel suavísimo maná (m), y sacarles agua para beber de una piedra, y que en todo este tiempo y camino tan largo, ni sus piés se maltratasen, ni sus ropas y calzado se envejeciesen (n)? Y sobre todo esto, que los guisase Dios todo este camino con una columna de nube de dia, y con otra de fuego de noche, hasta llevarlos á la tierra prometida. Pues entrados en ella, ¿qué maravilla fué caerse los muros de Hiericó (o) por tierra con solo el sonido de las trompetas sacerdotales! Qué maravilla fué que peleando ellos con los enemigos, Dios tambien pelease por ellos, arrojándoles dende lo alto grandes piedras que los matasen (p)! Y si esto es poco, ¿quién vió, ni aun imaginó una tan grande maravilla como fué mandar Josué al sol que se parase en medio del cielo (q), para dar mas largo espacio á los vencedores para seguir la victoria, y que el sol le obedeciese y estuviese tres horas fijo en un mismo lugar? ¿Parécenos pues que tuvo Dios razon en decir que haria señales nunca vistas en el mundo?

Pues vengamos á otra cosa mas admirable, que fué bajar Dios, esto es, el Angel que representaba la persona de Dios (r), á darles ley, y bajar con tan grande majestad y resplandor, que es con tantos truenos y relámpagos, y tanto fuego, que ardia hasta el cielo, y con el sonido terrible de una trompeta; el cual de cada vez iba creciendo y acrescentando mas el temor de los que lo oian. Y desta manera comenzó Dios (s) á hablar en alta voz que todos oyeron, y darles las leyes que habian de guardar. De lo cual todo resultó en ellos tan gran pavor y espanto, que dende léjos dijeron á Moises (t): Háblanos tú, y oírte hemos; y no nos hable el Señor, porque por ventura no muramos. A los cuales él respondió (v): No hayais miedo, porque Dios vino desta manera para probaros, y para que concibiédes un tan grande terror dél, que este os apartase de pecar. Esta venida de Dios encareció el mismo profeta al pueblo, diciendo (w): Pregunta por los dias antiguos, dende el dia que Dios crió el hombre sobre la tierra, si dende el principio del mundo hasta el cabo dél acaesió tal cosa como fué oír el pueblo hablar á Dios, como tú lo oíste y viste. Veis aquí, hermano, parte de las maravillas que obró aquel grande y poderoso Dios para libertar este pueblo y hacerlo fiel y obediente á sus leyes. Agora quiero yo que seais vos buen filósofo, y me digais lo que de todas estas maravillas habia de inferir y concluir el pueblo que todo esto vió.

(i) Exod. 14. (k) Psalm. 115. (l) Exod. 16. (m) Num. 20. (n) Deut. 29. (o) Josué. 6. (p) Josué. 10. (q) Ibidem. (r) Exod. 19. Deut. 4. (s) Exod. 20. (t) Ibidem. (v) Deut. 5. (w) Deut. 41.

C. Paréceme lo primero, que habia de quedar muy fundado y confirmado en la fe, y en el conocimiento del verdadero Dios con la vista de tantos milagros; pues uno solo bastaba para esto, cuanto mas tantos y tales. Lo segundo, era justo que amase de todo su corazón á un Señor que hizo cosas tan grandes por sacarlo de aquel tan duro captiverio, y entregarle la tierra de promision. Lo tercero, tambien era justo obedecer y temer un tan grande, tan poderoso y tan terrible Dios como se les mostró en la manera del dar la ley (y), y mucho mas en los castigos que despues de la ley ejecutó todas las veces que pecaron; porque nunca la hicieron que no la pagasen con grandes castigos y muertes. En lo cual parece que aquel terror que se vió en el dar de la ley, no eran amenazas para solo espantar, sino para ejecutar: como la experiencia tan claramente lo mostró en el castigo del pecado que cometieron en la adoracion del becerro, y en el sacrificio del idolo de Fogor (z), donde fueron muertos veinte y cuatro mil hombres, y ahorcados por mandado de Dios todos los principales del pueblo. Esto me parece que se sigue de todo lo dicho.

M. Muy bien habeis filosofado. Mas veamos agora si estos hombres que vieron todo eso filosofaron desta manera. Dejo de referir aquí los pecados que cometieron andando por aquel desierto: solamente referiré lo que dice la Escritura (a), y es, que les duró esta fe el tiempo que vivieron aquellos viejos que habian visto las maravillas que Dios habia obrado por ellos; y estos acabados, luego desampararon á su libertador y verdadero Dios, y se entregaron á la idolatría, y á todos los vicios que andan en su compañía. Y por este pecado los entregó Dios unas veces á los filisteos, otras á los madianitas, y otras á los ammonitas, etc. (b). Y viéndose oprimidos destes, volvíanse á Dios, y pedianle socorro, y él por su gran misericordia los libraba (c). Mas ellos viéndose libres y en paz, luego tornaban á la idolatría acostumbrada, hasta que del todo desampararon á Dios, y adoraron los becerros de oro que hizo el malvado rey Hieroboam (d); y así los sufrió Dios muchos años, hasta que finalmente los desechó de sí, y les quitó la tierra que les habia dado, y entregó en poder del rey de los asirios (e): el cual los derramó por todas sus tierras, sin ser jamas restituidos á su reino antiguo. Y en el mismo pecado perseveró tambien el tribu de Judá: por el cual fué llevado captivo á Babilonia (f), y la ciudad con su templo abrasada y arrasada por tierra.

C. Todo eso pasa como decís. Mas querria saber ¿á qué propósito habeis referido todas esas historias?

§. III.

Prosigue el mismo discurso.

MAESTRO.

Para que claramente veais por este ejemplo lo que poco há os dije del gran poder y virtud de la Cruz, vino el Hijo de Dios al mundo, no con aquel estruendo de majestad, sino con profundísima humildad: no con espanto, sino con blandura: no con terror, sino con mansedumbre: no con sonido de trompeta, sino con palabras amorosas: no mandando á los hombres que no

(y) Exod. 32. Num. 11. 12. 14. 16. 21. Jos. 7. Exod. 19. (z) Num. 25. (a) Judic. 2. (b) Judic. 5. 4. 6. 10. 15. (c) Psalm. 106. (d) 1. Reg. 12. (e) 4. Reg. 17. (f) 4. Reg. 25.

llegasen al monte, sino convidándolos á que se llegasen á él: no con aparato y demonstracion de Dios todopoderoso, sino con reputacion de hijo de un carpintero: no resplandesciendo con llamas de fuego en el monte, sino nasciendo con extremada pobreza en un establo; y lo que mas es siendo reputado por engañador y alborotador del pueblo, y como tal preso, azotado, escupido, abofeteado, y finalmente crucificado entre dos ladrones, y tenido en ménos que Barrabas. Con este hábito y aparato tan humilde, ¿qué (si pensais) acabó con los hombres? ¡Oh cosa de grande admiracion! ¡Oh maravillosa virtud y poder de la Cruz! Acabó lo que con todo aquel estruendo no pudo acabar. Acabó esta tan grande mudanza del mundo que agora dijimos, y luego dirémos. Acabó que floreciese una tan grande reformation y sanctidad en el mundo, que innumerables compañías de hombres y mujeres de todos los estados, que ántes vivian como bestias brutas, dejados sus falsos dioses, comenzaron á vivir vida de ángeles, como está ya relatado. Pues ¿quién no verá claro que no se pudo hacer esta obra tan grande sin el brazo y poder de Dios? Y si tan claramente nos consta por todas las sanctas Escrituras que nadie puede vivir sanctamente sin el favor y gracia del Espíritu Sancto; viendo esta tan extraña sanctidad en tantas partes del mundo, ¿cómo no reconocerémos aquí la virtud y asistencia deste divino espíritu?

Pues ¿que será si con lo dicho juntáremos que esta mudanza del mundo fué tantas veces profetizada por todos los profetas? ¿Qué otra cosa mas veces repite y engrandesce Esaías con tan grande resplandor de palabras (g)? Pues cuán abiertamente profetizó esto el mismo Salvador, cuando dijo (h): Agora ha de ser juzgado el mundo: agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí.

Catecúmeno. No me puedo contener que no adore y reverencie al Señor que con esas divinas palabras, y con esa tan clara profecía dió tanta luz á nuestras ánimas. ¿Quién pudiera profetizar tantos años ántes una cosa tan grande como esa, sino Dios? Y ¿quién fuera poderoso para obrarla en tantas partes del mundo, sino Dios? De modo que segun entiendo, dos columnas firmísimas tiene aquí nuestra fe. La una es la grandeza desta obra, que es propia de solo Dios; y la otra haber sido tanto tiempo ántes tan claramente y tantas veces profetizada por él.

M. Muy bien habeis filosofado; y bien se parece en eso el tocamiento del Espíritu Sancto que os enseña. Y aunque bastaba lo dicho para vuestra edificacion, quiero confirmarlo con esta comparacion. Pongamos caso que un gran médico (como fué Galeno) usase de las mas excelentes medicinas que sabía en la cura de un enfermo, sin aprovecharle cosa alguna. Pues si este despues de desahuciado el doliente le viesse súbitamente sano sin ninguna medicina, ¿qué haria? ¿qué diria? Diria que esta salud fué miraculosa, obrada por sola virtud de Dios. Pues vengamos á nuestro caso. Vistes en lo dicho, por una parte cuántos milagros y cuántos beneficios hizo Dios á vuestro pueblo para atraerlo á su amor, y cuántas amenazas y castigos para traerlo á su obediencia y temor, y vistes cuán poco les aprovechó este remedio; y por otra parte veis la mudanza que el mundo hizo sin aquel estruendo, y sin aquellos castigos y es-

(g) Ubi supr. (h) Joann. 12.

tantos. Pues ¿qué se puede inferir de aquí, sino lo que está ya dicho, que esta fué obra de la diestra del muy Alto, y qué otro brazo que el de Dios no pudiera acabarla? Porque si algun remedio habia para obrar esto, era el que Dios tomó con las maravillas que obró ántes del dar la ley, y cuando la dió, y despues que la dió; y pues vemos claramente que este no bastó, síguese que sola la virtud y poder de la gracia (que se nos dió por el misterio de la Cruz) acabó este tan grande negocio. Pues ¿qué mas era menester para abrir los ojos de los que aun están ciegos, que sola esta consideracion?

Y porque veais que tengo razon en esto, quiero contaros una historia que os ha de consolar mucho, aunque me detenga mas de lo justo en este discurso. Escríbese en la vida de aquel gran Basilio, obispo de Cesárea, que habia en esta ciudad un famoso médico, judío de nacion y profesion, el cual era tan cierto en pronosticar el tiempo en que el enfermo habia de acabar, que jamas en esto erraba un punto. Curando pues este á Basilio, y habiendo usado de las mejores medicinas que él sabia, sin aprovecharle nada, vino totalmente á desconfiar de su salud. Amaba el sancto Obispo mucho á este médico, porque sabía que habia de morir cristiano; y todas las veces que se hallaban á solas, le predicaba la fe, y rogaba que se bautizase. Mas él nunca quiso obedecer, diciendo que habia de morir en la ley de sus padres. Siendo pues ya servido Dios de llevar desta vida á su siervo Basilio, y darle su gloria; hallándose en este paso mandó llamar á este médico, que se decia Josef, y dándole el brazo le preguntó: ¿Que te parece de mi salud? El le dijo: Paréceme que debias ordenar de tu iglesia y cosas, porque no tardarán muchas horas que no acabes. Dijo Basilio: No sabes lo que dices. Respondió Josef: Yo te digo de verdad que hoy se acabará tu vida con el sol. Dijo el sancto: ¿Qué será si durare vivo hasta la mañana? Respondió el judío: Eso no puede ser; porque no tienes media hora de vida, ni durarás hasta el poner del sol. Dijo Basilio: Y ¿qué será si viviere hasta mañana á mediodía? Respondió Josef: Moriré yo. Dijo el sancto: Bien se yo que morirás al pecado, y vivirás á Cristo. Respondió el judío: Bien entiendo tus razones; y con grandes juramentos dijo que se bautizaria si viviese hasta el tiempo que él decia. Entónces el sancto varon, celoso de la salvacion de aquella ánima, pidió al Señor le alargase la vida hasta aquel término. Y otro dia por la mañana hizo llamar el médico: el cual pensando que era ya fallecido, desconfiado de le ver, fué allá; y como le hallase vivo, dijo en alta voz: No hay Dios sino el Dios de los cristianos; y dende agora renuncio la ley en que hasta aquí he vivido, y tomo á Cristo por mi Dios y Señor; y yo y toda mi familia pedimos el sancto bautismo. Dijo el sancto: Pues yo te quiero bautizar. Y diciéndole el médico que estaba muy flaco y no podria, respondió el sancto Obispo: Tenemos por nos al dador de la vida, que nos dará fuerzas para eso. Y dicho esto, se levantó y fué con él á la iglesia, y le bautizó, y comulgó, y dejó acrescentada aquella oveja al rebaño del Señor. El judío luego comenzó á distribuir sus bienes por los pobres con mucha caridad. Y el sancto Obispo se estuvo en la iglesia hasta las tres de la tarde, y dando gracias á Dios por su partida, y por la conversion de aquella ánima, despidiéndose de su pueblo, y de toda la clerecía que le acompañaba, dió el ánima á su Criador. Y como al nuevo convertido dijiesen que era fallecido, vino á él,

y besándole los piés, dijo: Por cierto, padre Basilio, aun si agora no quisieras, no murieras.

§. IV.

Conclusion de la primera parte deste diálogo, y tercera causa de la Pasion del Salvador.

CATECÚMENO.

En gran manera me he consolado con esa historia, viendo por ella cuántas maneras tiene aquel piadoso Señor para traer las ánimas á sí.

Maestro. Pues por este ejemplo torno á concluir lo que está ya concluido, y es: que así como este médico vió que las mas excelentes medicinas que él sabia no bastaban para dar á aquel sancto obispo un dia de vida, y viendo despues lo contrario, entendió que aquella salud era sobrenatural y miraculosa; y por este milagro se convirtió: así viendo nosotros cómo Dios con aquella tan excelente medicina de que usó en el dar de la ley para curar la malicia de su pueblo, nada aprovechó; y viendo por otra parte cómo sin esos tan grandes espantos reformó y santificó tanta muchedumbre de gentes: ¿qué resta sino que (como está dicho) entendamos haber sido esta obra de la mano poderosa de Dios? De modo que bien mirado, mas acabó el Hijo de Dios con los hombres con la humildad, que con la majestad: mas con la pobreza de su vida, que con la grandeza de su gloria: mas llorando en el pesebre de Betelehem, que tronando y relampagueando en el aire; y finalmente mas con la muerte ignominiosa que padesció en el monte Calvario, que con el resplandor de la gloria que mostró en el monte Siná. Pues ¿quién no se maravillará? ¿quién no pasmará de la grandeza del poder que Dios nos declaró en esta flaqueza? Con sal hizo dulces el profeta Eliseo las aguas salobres; y Cristo con la ignominia de la Cruz, de que se escandalizaban los hombres, trajo á su fe esos mismos hombres. Con todo aquel estruendo del dar de la ley, los hombres desampararon á Dios, y adoraron á los ídolos; y con esta humildad y ignominia de Cristo, los hombres acocearon sus ídolos, y adoraron á Cristo.

Pues deste tan largo discurso se infiere lo que al principio propusimos si os acordais: que en la Cruz y muerte del Salvador no solo no hay cosa ignominiosa, sino grandísima gloria, pues tales y tan maravillosos frutos se siguieron della; porque por la excelencia de los efectos conoscemos la de las causas. Y como sea verdad lo que dijo el Salvador (i), que por el fruto se conoce el árbol, ¿cuál os parece que será el árbol de la Cruz, de que tales frutos procedieron? Por lo cual veréis con cuánta razon dijo el Apóstol (k): Nosotros predicamos á Cristo crucificado: cosa que los judíos tienen por escándalo, y los gentiles por locura; mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, reconocen que en la Cruz está encerrado el poder y sabiduría de Dios.

C. Muy bien habeis concluido, Maestro, vuestro intento: no sé qué mas pueda yo desear. Pero si mas tenéis que decir, no me lo negueis; porque esta materia es tal, que nunca me cansaré de oirla.

M. Pues á estas dos causas susodichas de la sagrada Pasion quiero añadir la tercera, que es otro maravilloso y singular fruto della, aunque con ménos palabras que la pasada; porque en otra parte desta escritura se trata mas á la larga. Pues para esto habeis de presuponer (lo que muchas veces en esta materia se

(i) Math. 7. (k) 1. Cor. 1.

presupone) que el fin principal de la venida del Salvador, y de cuantos pasos dió en este mundo, fué la gloria de su Padre celestial: al cual fin se ordena como medio la sanctificacion del hombre. Pues habeis agora de saber que la cosa con que Dios ha sido en este mundo mas glorificado, es la sangre y la fortaleza inexpugnable de los mártires. Porque esta es la mayor señal de la verdadera caridad: este el mayor sacrificio que se le puede ofrecer: esto lo summo que la criatura racional ayudada con la gracia puede hacer. Y aunque en el cielo glorifican á Dios los ángeles, pero no le glorifican desta manera que los sanctos mártires. Y dejada aparte la sanctidad de tantos sanctísimos pontífices, y confesores, y vírgines, y de tantos millares de monjes, que (como ya dijimos) fueron frutos del árbol de la sancta Cruz, es tan grande el número de los mártires en todo género de estados, así de hombres, como de mujeres, y de doncellas, y mozos, y tan admirable la constancia, la fe, la lealtad que tuvieron para con su Criador en medio de tan terribles tormentos, que aunque de haber criado Dios el mundo, y redemidolo con su sangre, no resultara otro provecho sino la gloria que de aquí se le siguió, era todo esto muy bien empleado por esta causa. Mas de la grandeza desta gloria en otro lugar tratarémos; porque no se puede explicar cosa tan grande en pocas palabras.

Sabia pues el Hijo de Dios que habia de haber en su Iglesia infinito número de mártires, así de hombres, como de mujeres, viejos y niños, y doncellas delicadas, las cuales con sus muertes habian de ofrecer este summo sacrificio de gloria y alabanza á su eterno Padre. Entendia tambien que ninguna cosa habia que mas los consolase y animase en el trabajo de sus martirios, que ver los que él, siendo Dios, padesció por ellos. Y con este esfuerzo respondió Sancta Margarita al tirano que la pretendia vencer con promesas y amenazas, diciéndole: No pienses, Juez, que con esos halagos y amenazas has de vencer mi corazon, ni apartarme de la fe que debo á mi Señor. Porque sierva soy de Cristo, el cual por mí padesció muerte y Pasion. Y pues él murió por mí, yo tambien tengo de morir por él. Pues como el Salvador (que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre), sabía cuánto él habia de ser glorificado con la fe y sangre de tantos mártires, y cuán grande esfuerzo era para ellos ir él en la delantera llevando la bandera de la Cruz, como allérez y príncipe de los mártires; sabiendo él esto, no digo yo una muerte, mas mil muertes que fueran menester padesciera él por esta causa. Veis pues cuán conveniente medio fué la muerte de Cristo para el principal fin que pretendia, que era la gloria de su Padre celestial.

C. Grande ha sido la consolacion que mi ánima ha recibido con la declaracion desas tres principales causas: porque el Salvador padesció, las cuales manifestamente prueban lo que al principio propusistes: esto es, que en la Pasion del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima honra y gloria. Mas porque este misterio es tan alto, que aunque toda la vida se gaste en filosofar sobre él, ántes faltaria tiempo que materia de que tratar (pues el apóstol Sant Pablo (l) se gloria que no sabía otra ciencia sino á Cristo crucificado), por tanto quiero proponeros agora otra pregunta, la cual es, que como sea verdad que una sola gota de sangre dese Señor bastaba para redimir el mundo (por razon de la

(l) 1. Cor. 2.

dignidad infinita de la persona del Salvador), ¿qué es la causa de haber querido él derramar toda su sangre, y padecer una muerte tan penosa, acompañada con tantas maneras de injurias y ignominias?

M. Los frutos inestimables que desos dolores y ignominias se siguieron, bastan para satisfacer á esa pregunta. Mas al presente quiero señalaros brevemente otras tres causas por las cuales el Salvador abrazó esos trabajos que decís. Para lo cual presupongo dos cosas. La primera es la que agora acabé de decir, que es el fin principal que el Salvador pretendía en su sagrada Pasion. Lo segundo presupongo tambien lo que todos sabemos; y es, que cuando una persona vil hace una notable injuria á un grande príncipe ó rey, no se contenta la justicia con castigarle con la pena ordinaria de las injurias que pasan entre los iguales; mas ántes cuanto la persona injuriada es mas alta, tanto es mayor el castigo della, y cuanto este fuere mayor y mas extraordinario, tanto queda mas satisfecha y recompensada la injuria de la persona ofendida; porque la grandeza del castigo redunda en mayor gloria della. Pues aplicando esto á nuestro propósito, como Cristo nuestro Salvador amaba con inestimable amor la gloria de su eterno Padre, á quien todos los hombres habian tan gravemente ofendido, y él por su inmensa caridad tomase á cargo satisfacer por estas injurias, entendiendo bien que cuanto la satisfaccion fuese mas cumplida, tanto la ofensa quedaba mas recompensada, y la persona ofendida mas honrada, ¿qué habia de hacer quien tanto amaba la gloria del Padre, sino acumular trabajos sobre trabajos, y dolores sobre dolores, y injurias sobre injurias, para que tanto mas perfectamente quedase mas honrada la persona desacatada, cuanto mas cumplida era la satisfaccion? Y aun mas os digo, que fué tan grande el ardor que aquella ánima santísima tenia de recompensar con sus dolores esta injuria, que todo esto le parecía poco, y si fuera menester estar penando hasta el fin del mundo por esta causa, caridad y voluntad tenia para ello, y para muchas mas. Y por esta causa quiso él en esta Pasion ser desamparado de su Padre y de sí mismo, para que padeciendo sin ninguna manera de alivio ni consolacion, fuese tanto mas crecida esta satisfaccion, cuanto mas crecidos eran sus dolores, y mas sin consolacion. Los cuales fueron tales, que la representacion dellos bastó para la mas nueva cosa que jamas se vió, que fué sudar gotas de sangre que corria hasta el suelo (*m*). Pues ¿cuál podremos juzgar que sería el dolor de aquella ánima santísima, cuando tal accidente mostraba por defuera?

Pues con este tan grande sacrificio ofrecido por tal persona, y abrasado con el fuego de aquella incomprehensible caridad que en aquel sacratísimo pecho ardia, quedó tan aplacada y satisfecha aquella infinita Majestad, que mucho mas le agradó este sacrificio, que le desagradaron todos los pecados del mundo; y mayor fué la honra que con este servicio recibió, que la deshonra con que los hombres (cuanto era de su parte) le desacataron. Y demas desto, si os espantan las invenciones de injurias con que los hombres malvados injuriaron este Señor, vistiéndolo ya de blanco, ya de colorado, ya como á locó, ya como á rey fingido, poned los ojos en las invenciones de maldades y pecados que los hombres han inventado para ofender aquella inmensa Majestad, y veréis cuán conveniente cosa era que esas invenciones

(*m*) Luc. 22.

de maldades se purgasen con las invenciones de las injurias del que venia á satisfacer por ellas, para que desta manera unas invenciones se recompensasen con otras.

C. ¡Oh, Maestro, cuán alto y cuán profundo es este misterio, y cómo es necesaria especial lumbré de Dios para penetrar las maravillas que hay en él! Porque quien mira á ese Señor con ojos de carne en medio de tantas deshonras, parecerle ha ser eso cosa indigna de tan grande Majestad; mas mirándolo con esa luz, y penetrando las causas y conveniencias dese misterio, no solo no se escandalizará de lo que ve padecer á ese Redemptor por la gloria de su Padre, mas ántes se espantará cómo no padesció mas quien tanto la celaba y deseaba.

M. En nuestros ojos no padesció mas deso que vemos, mas en los de su Padre tanto padesció quanto deseó padecer; pues ante aquellos divinos ojos no tienen menos valor y precio los tales deseos, que las mismas obras, como se ve en el sacrificio de Abraham (*n*). Y si os pone admiracion la grandeza deste deseo de Cristo, y este tan gran celo de la honra de su Padre, poned los ojos en lo que aquella sagrada humanidad recibió en el punto que fué criada, cuando fué unida con el Verbo divino, y enriquecida y hermoçada con los tesoros de todas las gracias y excelencias que arriba declaramos; y quien esto profundamente considerare, verá luego la causa deste tan grande amor, y la órden y la consecuencia de las cosas deste misterio, con lo cual quedará su ánima suspensa con una grande admiracion de la bondad y sabiduría del que todo esto trazó con tan grande concierto.

Esta es pues, hermano, la primera causa de haber querido el Salvador escoger tan dolorosa y afrentosa muerte. La segunda fué para esfuerzo, y ejemplo, y consuelo de innumerables mártires, los cuales glorificaron sumamente á su Criador con las pasiones de sus martirios, como poco ha dijimos, y por eso no hay necesidad de repetir aquí lo que habeis oido. Mas la tercera fué los grandes y inestimables frutos que destas pasiones se siguieron, de los cuales se trata mas por extenso en la tercera parte desta escriptura, donde entran singulares ejemplos, y estímulos grandes que se nos dieron para todas las virtudes, y señaladamente para amar aquel Señor que tales y tantas cosas padesció por el ardentísimo amor y deseo que tuvo de nuestra sanctificacion y salvacion.

SEGUNDA PARTE DESTA DIALOGO.

En la cual se trata de lo que sirve para inflamar nuestra voluntad en el amor de nuestro clementísimo Redemptor.

CATECÚMENO.

Hasta aquí habeis tratado, Maestro, de lo que sirve para confirmacion de nuestra fe, y para dar luz á nuestro entendimiento para la inteligencia deste divino misterio (que es lo que derechamente á mi instruccion y estado de catecúmeno pertenece). Mas porque el principal fruto de la doctrina es la caridad, querría que pasádes un poco las marcas de la doctrina, y que así como habeis tratado de lo que toca á la luz del entendimiento, tratádes tambien de lo que sirve para inflamar la voluntad en el amor dese clementísimo Redemptor. Porque tan grande beneficio grande amor pide; ni se puede pagar sino con amor lo que de tan grande amor procedió.

(*n*) Gen. 22.

Maestro. Tantas son las causas y motivos que tenemos para amar á nuestro benignísimo Redemptor, cuantas heridas y llagas recibió en su sacratísimo cuerpo. Porque así como todas ellas están testificando y predicando su amor, así nos están pidiendo retorno de amor. Mas porque faltaria tiempo para declarar los grandes estímulos y motivos que aquí tenemos para amar á nuestro libertador (y desto tambien se trata en diversos lugares desta escriptura), brevemente os apuntaré aquí dos: que son la grandeza deste beneficio, y la grandeza de la divina bondad que señaladamente en él, mucho mas que en todas las otras obras suyas, resplandece. Mas la grandeza del beneficio no se puede enteramente conocer en esta vida. Porque así como no podemos entender cuán grande sea la gloria y hermosura de nuestro Criador hasta que lo veamos, así tampoco la grandeza deste beneficio del Redemptor, hasta que en el cielo gocemos del principal fruto dél, que es la gloria perdurable. Porque cuando el justo se vea entre los coros de los ángeles, viendo cara á cara aquella infinita hermosura del Criador, y gozando con esto de inestimables deleites, sin temor de jamas perderlos, y entienda que este bien tan grande principalmente le vino por aquellas preciosas llagas, cuyas señales verá impresas en el mismo cuerpo del Salvador para eterna memoria deste beneficio, entónces entenderá la grandeza dél, y allí se derretirá en amor de quien tanto bien le mereció. Entónces adorará con summa reverencia y agradescimiento aquellas gloriosas señales, causadoras de tan grande bien, las cuales entenderá que fueron puertas por donde entró á gozar del summo bien. ¡Oh qué voces de alabanza allí resonarán en su boca! ¡Oh qué cuánta devocion, con qué agradescimiento y amor dará gracias por este beneficio! Mas puesto caso que en esta vida no tengamos esta manera de conocimiento, no por eso debemos dejar de alabar y dar gracias á este Señor que así se apiadó de nosotros; pues en lugar de la ira y castigo que teniamos merecido, convirtió su ira en misericordia, y tomó él en sí la pena que nos era debida, para satisfacer por nuestra culpa, y reconciliarnos con su eterno Padre.

Las palabras con que le habeis de dar las gracias son las siguientes: las cuales dice Esaías (*o*) que llegado este día los fieles cantarán á Dios en esta forma: Alabarte he, Señor, porque estando airado contra mí, amansaste tu furor, y tuviste por bien de consolarme. Veis aquí á Dios hecho mi Salvador: ya viviré confiado, y no tendré por qué temer. Porque él es mi fortaleza, y mi alabanza, y él es el autor de mi salud. Cogereis con alegría aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Alabad al Señor, y invocad su sancto nombre. Predicad en los pueblos las invenciones de su misericordia, y acordaos que es muy alto su nombre. Cantad al Señor, porque lo ha hecho magníficamente, y denunciad esto en toda la tierra. Lo dicho es de Esaías.

C. Ciertamente, Maestro, palabras son esas de grande devocion y consolacion, y de grande confianza; las cuales debriamos traer siempre impresas en el corazon, pues con ellas nos declara ese divino profeta la grandeza deste beneficio. Esta es pues la primera cosa que ha de encender nuestro espíritu en el amor deste clementísimo Redemptor. Mas declaradme agora la otra segunda causa que dijistes deste amor.

M. La segunda causa que nos debe mover al amor

(*o*) Esaí. 12.

deste Señor, os dije que era la grandeza de la bondad que en este misterio singularmente resplandece. Porque ya sabeis que el objeto, ó (por hablar mas claro) el blanco á donde tira siempre la voluntad, es el bien, y así no hay cosa que mas la mueva que este. Pues para el conocimiento desta summa bondad habemos de presuponer aquella sentencia tan celebrada de Sant Dionisio (*p*), tantas veces repetida en esta escriptura, que la naturaleza de la bondad es ser comunicativa de sí misma: que es, querer comunicar el bien que tiene á todos, y hacerlos semejantes á sí. De donde se sigue que cuanto la cosa fuere mas buena, tanto mas participará esta condicion, y tanto mas deseará comunicar este bien.

C. Bien se infiere eso de lo dicho. Porque si solemos decir que lo blanco derrama la vista, y lo prieto la recoge; de ahí se sigue que cuanto el color fuere mas blanco, mas la derramará, y cuanto mas prieto, mas la recogerá. Y esta misma consecuencia se hallará en la naturaleza de la bondad, que cuanto fuere mayor, tanto mas deseará esta comunicacion.

M. Bien decís, y de ahí luego se sigue que como Dios sea summamente bueno, que (cuanto es de su parte, no habiendo resistencia en las criaturas) tendrá summo deseo de comunicarse á todas ellas, segun la capacidad de cada una, como dice el mismo Dionisio. Mas hablando de las criaturas que tienen entendimiento (como los ángeles y los hombres, que son capaces de mayores bienes) á estos deseará summamente hacer semejantes á sí: que es, buenos y sanctos, y despues bienaventurados, como él lo es. Pues este tan gran deseo de comunicarnos su bondad y sanctidad, fué la razon que lo movió á levantar al hombre caído. Y habiendo muchos medios para hacer esta obra, no miró á lo que él podia hacer, sino á lo que mas convenia para nuestra sanctificacion, y para la perfeccion de sus obras. Y vió que el mas excelente y mas conveniente medio para este fin era hacer una novedad la mayor de cuantas se pudieran pensar ó desear, que era hacerse Dios hombre; para que pues hombre habia sido el que destruyó el mundo, fuese tambien hombre el que lo reparase; para que por la parte que era hombre pudiese merecer y satisfacer, y por la que era Dios diese á aquella sancta humanidad valor y virtud para una obra tan grande como era la redempcion del género humano. Pues primeramente quiso este Redemptor que se guardasen en esta obra, demas de la misericordia, todos los términos de justicia, para que no faltasen estas dos hermanas y compañeras de todas las obras divinas, que son misericordia y justicia. Para lo cual determinó tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos, ofreciendo no sangre de corderos ó becerros (como ántes se hacia), sino su propia sangre, y su purísima y inocentísima vida, para que con la muerte que él no debía, pagase por la que todos por el pecado debiamos. Pues la historia desta sagrada muerte habeis vos, hermano, de pensar con toda la humildad y devocion que os sea posible, y no así á bulto y á carga cerrada, sino con todas las circunstancias que entrevinieron en ella, y particularmente con estas tres, conviene saber: la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de las cosas que padesce, y muy mas en particular la causa por qué las padesce; porque esta os espantará y moverá mucho mas.

(*p*) Dionys. de Divin. Nom. cap. 4.